

Nunca he conseguido recordar cómo llegó hasta mí esta curiosa historia que cuenta cómo en el primer decenio del siglo XX, y dentro del recinto de un antiquísimo convento de clausura, asentado en los páramos de la vieja Castilla, estaba un tanto alterada la rutinaria vida de los casi cuarenta monjes que lo habitaban. Habitual, y monótonamente, esta convivencia transcurría pacíficamente del rezo al tajo y del tajo al rezo, con una no muy extensa visita nocturna de cada inquilino a su celda y tres cortísimas al refectorio.

Y no es que en esos días hubieran cambiado esas actividades, pero el pensamiento de los frailes no se apartaba un momento de lo que podía estar sucediendo en el dormitorio de fray Teodoro, el más viejo de ellos, y al que todos apreciaban grandemente, por su trato afable, la bondad de su comportamiento, y porque llevaba en el monasterio desde su infancia (había sido abandonado en el torno cuando contaba sólo unos días y no había salido del convento jamás). Pero ahora el pobre, víctima de una muy fuerte pulmonía, estaba consumiendo sus últimas jornadas en este valle de lágrimas. Se le veía, los que le podían ver, muy desmoralado, y sólo le aliviaba un algo el bálsamo de estoraque que le suministraban, puesto que el de linaza, limón y miel ya no le remediaba en nada su penosa situación.

El tranvía

Ramón Serrano G.

El prior tenía severamente prohibidas las visitas a su celda, tanto por un fuerte miedo al contagio, como porque ningún asunto terrenal podía alterar los modos y conductas monacales previamente establecidos, amén de las severas restricciones comunicativas impuestas por el código de la orden. Los monjes eran informados puntualmente del estado de su compañero dos veces al día a través del hermano portero, antes de la misa matinal y después del rezo de vísperas. Sin embargo, esa mañana la estricta regla del silencio había sido transgredida por casi todos para, con bisbiseos entrecortados, comentar que, en la tarde de ayer, el viejo cenobita había aprovechado la visita que diariamente le hacía el prior para decirle:

—Padre, todos sabemos que la muerte está llamando a mi puerta, y no me importa porque son ya muchos los años que tengo y creo hallarme a bien con los preceptos de Nuestro Señor. Pero quisiera antes de irme con ella, y siempre que sea posible, conocer dos cosas que me han tenido intrigado toda la vida y que por prudencia, y por no faltar a las reglas monásticas, no he podido saber nunca.

Oí hablar de ellas cuando era casi un niño, y sólo supe que el uso o la cercanía de ambas, o de una y otro por separado, suponía siempre un grave peligro para el hombre.

—Y ¿cuáles son esas dos cosas que tan intrigado le tienen hermano?, preguntó el abad.

—Sólo sé su nombre ya que desconozco por completo su forma y naturaleza. Son ellas, no se asombre padre, la mujer y el tranvía, pero le digo, que dado que tengo plena certeza, por lo oído, del enorme riesgo que entraña su cercanía y su trato, sobre todo, de aquella de la que me han llegado a decir que con sólo verla se pierde el sentido, prefiero irme al otro mundo sin calmar mi curiosidad antes que ella pueda poner en peligro el futuro de mi alma.

—Hermano, no le prometo nada en firme, pero sí que trataremos de atender su ruego hasta el punto que sea posible. Que pase una feliz noche.

Y esa misma tarde, antes de Completas, reunió el abad al vice-prior, al ecónomo, al bibliotecario y al encargado del refectorio y, tras exponerles la petición recibida, les rogó ayuda y consejo con la intención de satisfacerla en lo posible. Y al poco de dialo-

Del 27 de marzo al 9 de abril de 2015

gar, el hermano Jeremías, el encargado de la biblioteca, dijo:

—Creo que ya tengo una solución, aunque sea a medias. Todos sabemos que es imposible complacerle en sus dos peticiones. Podríamos hablar mañana con esa mujeruca que tiene un huertecillo junto al convento y pedirle que tuviese la amabilidad de visitarle un momento.

Pero si es una mujer con casi setenta años, algo bizca, más seca que un arenque y con menos dientes que un gallo, dijo fray Lorenzo, el responsable del refectorio, quien la conocía ya que la pobre regalaba con frecuencia patatas para el cillero del monasterio.

—Pues ya me dirá, hermano, qué otra cosa podemos hacer.

Pronto dieron todos su aquiescencia dado que, a todas luces, era la solución más factible y sencilla. Al día siguiente el hermano Jeremías, acompañado de un lego, visitó a la buena mujer, y tras exponerle, sólo a medias, la cuestión logró la ansiada colaboración ya que ella se prestó de inmediato y de buena gana a la ejecución del favor. Y esa misma tarde se presentó la pobre en el convento ataviada con un pañuelo a la cabeza, una pelerina a los hombros, saya de percal y medias de lana. Tras ser recibida por el hermano portero, se unió a un grupo formado por el abad, el hermano Jeremías y el hermano Tobías, los cuales, a través de los

(Pasa a la Página 6)



MEDIFEM

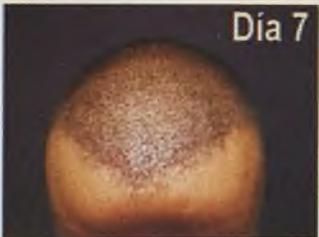
medicina estética y medicina capilar

TRATAMIENTOS CAPILARES

- Farmacológicos
- Bioestimulación (PRP, Complejos vitamínicos, minerales, péptidos biomiméticos...)
- Láser de baja potencia
- Micropigmentación
- Prótesis, sistemas de integración capilar

TRASPLANTE CAPILAR Técnica FUE

Hasta abril de 2015
30% de Descuento

Tels. 926 506 798 • 615 26 90 73

www.clinicamedifem.es medifem@hotmail.es

C/ Doña Crisanta nº 153 - Local 1

TOMELLOSO

Dra. Felicidad Espinosa Martínez

Licenciada en Medicina y Cirugía

Máster en Medicina Estética

Máster en Trasplante y Medicina Capilar

